

sus esfuerzos á quitarles la facultad de pensar, para entregarlos solo á la facultad de sentir. Si el auditorio raciocina y calcula entre tanto, será la triste señal de que el orador no ha acertado á herir con una vibracion enérgica é irresistible, las cuerdas de su corazon. Este momento es el del calor y los arrebatos, y el calor y los arrebatos ahogan el raciocinio; porque mas poderoso que él se muestra siempre el sentimiento. Esta oportunidad es única y fugaz. Déjese escapar, y nada queda que pueda volvernos á su solemne importancia. Un epílogo, que no es mas que un relámpago, porque si otra cosa fuera, equivaldria á una segunda edicion del discurso; y una conclusion en que debe espíarse el punto de terminar, son los únicos reductos que se ofrecen á un orador, que va á descender de su trono en el instante mismo en que selle su labio. Una vez reducido al silencio, no le es dado volver á inflamar la llama á que no haya dado bastante pábulo. Consulte, pues, su corazon; mida por sus latidos las emociones de los que le oyen; adivine en el sentimiento propio, el sentimiento de los demas; y si se encuentra satisfecho, ponga término á su obra, y concluya. La impresion que haya dejado, será como un eco fiel que repita sus palabras; y ya se habrá apagado su voz, cuando se dejará oír todavía, grabado en los corazones, su recuerdo.



LECCION VII.

De la invencion, disposicion, alocucion y pronunciacion.

EN todo discurso debe haber ideas, órden, formas y palabras. Por eso han dicho los retóricos, que el orador necesita hallar los argumentos, presentarlos en un órden conveniente, adornarlos con palabras, y expresarlos con decencia y decoro; y esto es lo que han llamado invencion, disposicion, alocucion y pronunciacion. Vamos á ocuparnos de cada una separadamente.

INVENCION.

La invencion consiste en encontrar las ideas y argumentos con que nos proponemos formar nuestro discurso. ¿Mas cómo se hallan? ¿Cuál es la fuente á donde se ha de recurrir? ¿Por qué el entendimiento se niega muchas veces á prestarnos este servicio?

Con razon ha dicho un autor, que todo es estéril para los espíritus estériles, que todo es superficial para los espíritus superficiales, y que todo es el caos para los espíritus oscuros. Puede asegurarse que la medida de los objetos, con relacion al alma, está en el alma misma. El mismo objeto retratado por una pluma ó lengua, de una manera mezquina y prosaica, adquiere en otra lengua ó pluma, formas gigantescas é inmensas proporciones. El privilegio de los talentos y del genio está en encontrar en las cosas las relaciones mas importantes, y representarlas con formas que correspondan á esta grandeza. Todo lo que perfeccione el talento, nos proporcionará nuevos progresos en este camino.

Pero así como la imaginacion cierra muchas veces al hombre sus tesoros, así tambien el entendimiento se los oculta con harta frecuencia, y nada le dice, nada le aconseja de cuanto quisiera hallar para formar un discurso. Busca afanado, argumentos, datos, ideas y principios, y nada encuentra en medio de un campo árido y seco, que se niega á ofrecerle, no ya las flores que embellecen la produccion, sino hasta los frutos con que debe nutrirla y sostenerla. Esto es, para el orador principiante, una fatiga y un tormento. ¿Cómo salir de esta posicion aflictiva? ¿Dónde encontrará lo que busca con tanto anhelo?

Conocimientos extensos adquiridos por el estudio; el hábito de reflexionar sobre las cosas, y un exámen continuo y profundo sobre las materias de que quiere ocuparse, he aquí los manantiales de la invencion, de donde ha de sacar el orador todos sus recursos.

Ponemos en primer término los conocimientos que suministra la lectura. Sin ideas, no es posible ni aun hablar. A proporcion que la locucion debe ser mas larga y sostenida, se necesita para mantenerla, mayor núme-

ro de conocimientos; y el caudal de éstos debe ser mas considerable en el orador, que se ve todos los dias en la necesidad de tratar materias heterogéneas, y de contraerse á objetos tan difíciles como complicados. El que quiere llenar el vacío que forma la ignorancia, con palabras vacías, matará el tiempo, hará ciertamente un ruido confuso é incomprensible; pero jamas pronunciará un discurso que convenza ni haga sentir. El estudio asídúo para hacerse con conocimientos extensos y profundos, tal es el secreto para adquirir abundancia en la invencion, y que esta se ofrezca, no como un terreno agostado ó estéril, sino como una tierra vírgen y feraz, que presente por todas partes lozanas y sazoadas producciones.

Pero el estudio es como los alimentos, que no prestan sustancia alguna cuando no se digieren. Para digerirlo, se necesita esa elaboracion mental, que llamamos reflexion. Las ideas no son mas que movimientos fugaces, que se borran bien pronto del lienzo en que se estamparon, si el hombre, con el trabajo intelectual, no se las asimila. Y no se crea que assimilarlas es solo retenerlas. Cuando permanecen hacinadas y en tropel, forman una erudicion desordenada é indigesta, que no da al entendimiento sino oscuridad y embarazo. Pero llega la meditacion, y del caos sale la luz. Por ella pasamos revista á los conocimientos adquiridos, los analizamos, les damos en la mente la colocacion que les faltaba, formamos un sistema; y en esta filiacion nueva, una idea llama á otra idea, de un principio surgen todas las consecuencias que admite, y se llega á aquel punto de superioridad y dominio, que constituye el verdadero saber.

El que haya de alcanzarlo, el que quiera con su auxilio, brillar un dia en las luchas de la elocuencia, es ne-

cesario que se condene á una vida retraida, y por decirlo así, escéptica; porque en el ruido del mundo, no tiene lugar esta meditacion solitaria. Penosa es, á la verdad, en un principio; ¡pero cuántos encantos no ofrece despues al hombre pensador y laborioso! El no vive la vida de la disipacion, la vida expansiva, la vida del movimiento tumultuario; pero en cambio, vive la vida del pensamiento, la vida de los goces intelectuales, la vida de un alma que se desprende de su grosera corteza, para remontarse á los espacios, en alas de la creacion. El hombre, en estas horas calladas de recogimiento, no está solo, puesto que le acompañan las grandes producciones de tantos sábios y de tantos genios, entre cuyo recuerdo y á cuyo hálito se mueve el alma, ansiosa de beber en sus inagotables raudales. Piensa, medita, comprende lo que antes se escapaba á una atencion superficial; adquiere el movimiento que le imprimen aquellos resortes elásticos, ensaya á volar, y al fin encuentra y crea: he aquí el orador.

Mas la creacion fantástica es solo una disposicion feliz, que el orador necesita aplicar á un objeto dado. Aconsejamos que este objeto se examine con todo detenimiento, antes de hacerlo materia de un discurso, porque solo este exámen nos ha de mostrar el filon en la rica mina de los argumentos ó razones. La vista de la inteligencia es miope, y no distingue, por lo comun, á larga distancia. Es necesario acercarnos al objeto, examinarlo en todas sus dimensiones, recoger todas las ideas que le convienen, componerlas y descomponerlas sucesivamente, descubrir el punto de vista mas interesante en que deben ser presentadas; darles, por último, plan y formas de enunciacion. He aquí el trabajo y el fruto de la invencion oratoria.

De la disposicion nos hemos ocupado ya, al marcar las partes de que puede constar una arenga, y respecto á la alocucion, creemos haber dicho lo suficiente, al hablar de los tropos y figuras. Réstanos, pues, solo fijar las reglas de la pronunciacion.

PRONUNCIACION.

Tal vez no haya nada mas importante que la pronunciacion en todo discurso. Preguntaron un dia á Demóstenes, cuál era la parte principal en la oratoria, y contestó: “la pronunciacion.” ¡Y despues de ésta? le volvieron á preguntar. “La pronunciacion,” respondió del mismo modo. “Pero, ¿y despues de la pronunciacion?” le replicaron por tercera vez. “La pronunciacion,” fué también su tercera respuesta.

Bien habia profundizado aquel gran genio los encantos y los secretos de la elocuencia, cuando los referia casi exclusivamente á este elemento de medida y de sonoridad.

Es tan grande la diferencia que resulta de oir un discurso bien pronunciado, á leerlo despues, que puede decirse con verdad, que la imprenta, aunque copie con fidelidad la palabra, no nos trasmite mas que su sombra. Conocer, por lo tanto, á un orador por sus discursos escritos, es no conocerle.

La entonacion, las inflexiones y el ademan, suplen mucho al pensamiento, y el orador que pronuncia bien, da calor donde no le hay, y produce armonía donde realmente falta. El mejor discurso, cuando se pronuncia mal, pierde todos sus atractivos, y el mas mediano adquiere gracia, belleza y encantos, cuando las formas exteriores se combinan hábilmente para disimular sus defectos y realzar sus perfecciones.

Esquines se retiró á Rodas en su destierro, y allí abrió su cátedra de elocuencia. En la primera reunion leyó á sus discípulos su discurso contra Demóstenes, y el que éste habia pronunciado contra Esquines. Los discípulos aplaudieron estrepitosamente el discurso de Demóstenes, y Esquines les gritó: "Si así aplaudis la lectura, ¿qué hariais si se lo hubiérais oido á él mismo?"

Con efecto: la palabra tiene tal flexibilidad, que puede decirse que hasta su significacion depende muchas veces del tono y de los ademanes. A una muger se la puede llamar hermosa, y segun la entonacion de ceremonia, de vehemencia ó de burla, la palabra significará un mero cumplimiento, una pasion viva, ó una picante ironía.

El mismo trozo, pronunciado hábilmente en la tribuna, y leído despues, aunque se haya copiado con religiosa escrupulosidad, deja de ser la misma cosa. ¿Y por qué? Porque la accion, que es un lenguaje que viene en auxilio de otro lenguaje; el tono, las modulaciones de la voz, el gesto y la expresion de la fisonomía, auxiliares todos tan poderosos y de que tanto partido saca el orador, no se trasmiten al papel, en que solo puede trazarse una copia, muerta al lado y en comparacion del cuadro vivo y animado que se levantó en el lugar de las arengas. Este lenguaje de accion y de expresion de las emociones, es mil veces mas poderoso que el de la palabra: su elocuencia es, por lo mismo, mas persuasiva. Estriba en la semejanza y afinidad que hay entre todos los seres inteligentes y sensibles, y en ese secreto mágico que hace que al gozo ó á los quejidos de un corazon, responda el gozo ó los quejidos de los demas corazones. Nunca se desconfia de ese resorte, porque es movido por la mano de la naturaleza; y esa elocuencia, omnipoten-

te en sí misma y contagiosa en sus resultados, tiene la doble ventaja de que habla directamente á los ojos, de que se filtra por ellos como un veneno que se busca con ansiedad, y de que manda en silencio, hiriendo á grandes distancias.

Pero la pronunciacion consta de muchos elementos, que es preciso señalar con separacion.

Corresponden á ella, la voz, la expresion de la fisonomía, y la accion del cuerpo.

En la voz, hay que considerar el tono, las inflexiones y la celeridad.

Respecto al tono, diremos por regla general, que al empezar un discurso, no debe tomarse la entonacion tan alta como se fija luego, no solo porque de otro modo pronto se fatigaria el orador, sino tambien porque seria muy impropio comenzar con grandes voces una discusion entonces tranquila y apacible. Solo debe esforzarse la voz desde el principio, cuando hay necesidad de dominar el ruido, que impediria oír, si se hablase en tono regular.

Respecto á las inflexiones, puede decirse que la voz humana es un instrumento que tiene una cuerda distinta para cada emocion del corazon. A una emocion de gozo, corresponde una palabra abundante, ligera, animada y viva. A una emocion de pena aguda, siguen sonidos casi inarticulados, que vienen á morir en un plañido lastimero: la emocion de un dolor profundo pide una palabra lenta, y de un timbre melancólico y lúgubre: los arrebatos de la desesperacion se anuncian por un lenguaje de calor y movimientos; y por último, las impresiones de la felicidad tienen por intérprete una palabra dulce, tranquila y afectuosa. Para pulsar bien esta lira, es necesario hacer un estudio detenido, y varios ensayos, á que puede servir la lectura, y mas bien la declamacion. Sí; la decla-

macion es sumamente útil, porque á cada cosa da su medida, y á cada idea y á cada afecto, la expresion, el tono y el colorido que les corresponde. Y no queremos decir con ésto, que la tribuna admita las formas depuradas y estrictas de la escena. Hay una inmensa distancia de lo uno á lo otro. Las arengas reclaman mucha mas sobriedad; pero conocida la teoría de la expresion escénica, nada mas fácil que aplicarla, en menor escala, á las luchas de la palabra. En cuanto á la celeridad de ésta, todo discurso debe, por lo comun, empezar con calma y serenidad, y con una palabra limpia y sostenida. Al paso que la discusion se va animando, y que el orador se inspira con el interés y calor de la materia, la palabra debe ser mas fluida y veloz. En los grandes arranques, debe correr como un torrente despeñado, como caen las aguas en la catarata del Niágara, con ronco bramido, entre hirvientes espumas. Si de repente hay un cambio de afectos, es preciso que la palabra se dome, y que siga sin titubear la direccion de este nuevo impulso. Esto es lo que forma el secreto de los contrastes, que de tanto efecto son en todos los casos.

Por regla general, la palabra; especialmente en la passion, debe correr con mas celeridad al final de los periodos. Fácil es conocer la exactitud de esta observacion. El lenguaje es el reflejo del pensamiento, y de él recibe la inspiracion, el impulso y las excitaciones. Es forzoso que se acelere ó suspenda, segun las vibraciones mas ó menos lentas, mas ó menos vivas que reciba de adentro; y como éstas son siempre mas rápidas en los finales, se hace indispensable que la lengua siga á la precipitacion que le trasmite el alma. Esta es otra observacion que nadie habrá dejado de hacer. No parece sino que el pensamiento obedece á las mismas leyes de grave-

dad que los cuerpos físicos. Acelera su movimiento, á medida que se acerca su término, y por eso los finales de los periodos, cuando la lengua sirve bien á la inspiracion, deben ser mas rápidos y animados que lo demas que les precede.

Convendrá hacer algunas ligeras pausas al concluir algun periodo importante, porque en ellas toma aliento el orador, y sin que se disminuya el calor que lo posee, y que da pábulo á su inspiracion, puede hacer una combinacion instantánea de ideas é imágenes, para continuar.

Daremos, para concluir sobre este punto, una regla que nunca falla. El sentimiento enseña mas que todas ellas; y así el orador debe abandonarse al sentimiento, seguro de que siguiendo dócilmente todos sus impulsos, usará del tono, de las inflexiones, y de los accidentes y formas que mas convengan en todos los casos.

En lo demas del discurso no debe hablarse tan veloz que se pierdan las palabras, ni tan lentamente, que el auditorio, en su impaciencia, vaya, por decirlo así, empujando la pesadez que no puede soportar. Digamos ya algo del gesto y de la accion.

El gesto es un poderoso medio de hacer notar y sentir lo que se dice. El revela muchas veces lo que las palabras no expresan; mas lo revela con señales tan inequívocas, que todos los corazones lo comprenden, porque les habla el lenguaje de la naturaleza y de la passion. Pueden variarse hasta lo infinito; pero deben usarse con parsimonia, y procurar, sobre todo, que tengan siempre dignidad.

Todos los músculos de la cara pueden recibir una expresion marcada, y los ojos mas que todo, como espejos del alma, descubren sin disfraz y sin engaño, todas sus emociones. La expresion de los ojos va siempre acom-

pañada de la de toda la fisonomía; porque cuando aquellos hablan, ésta no puede permanecer muda. Entonces la fisonomía entera del orador presenta un nuevo cuadro trasparente de sus ideas y afectos, y á esta doble fuerza se debe atribuir el gran poder de los discursos, que se pierde ó debilita cuando la imprenta los recoge y los trasmite.

En cuanto á los demas movimientos, no deben ser de todo el cuerpo, sino que la accion ha de partir de el brazo. El derecho es de mas uso; pero no por eso debe quedar el izquierdo totalmente entregado á la inmovilidad. La posicion del orador debe ser recta, un poco inclinada hácia adelante, porque así queda el cuerpo con mas libertad y soltura. La inclinacion atras, da á los movimientos dificultad y una dureza de mal efecto.

Tales son las principales reglas de la pronunciacion en todos los elementos que la constituyen: la observacion y el ejercicio las van despues continuamente mejorando.

No nos cansaremos de inculcar la importancia de este ramo de la oratoria. De su perfeccion depende las mas veces el éxito. Tómese, si se quiere hacer un ensayo, el discurso mas acabado y sentido; recítese de propósito con un ademan y entonacion contrario ó diverso del que requiere cada uno de sus periodos, y pronto se hallará la insignificancia ó el ridículo en lo que realmente hay tanta profundidad y tantos afectos. Lo propio sucede en menor escala, cuando, no de propósito, sino por falta de hábito ó de estudio, se equivocan el ademan y las inflexiones. El corazon tiene sus tonos, como los tiene la voz. Si se alteran ó cambian, la impresion resulta imperfecta, y tal vez contradictoria. Los antiguos conocian hasta tal punto el interés de esta observacion, que tenian una especie de flauta para dar to-

no á sus oradores. Preguntaba á un amigo suyo un célebre poeta, que leia pésimamente las composiciones, si le gustaban sus versos. “Sí, contestó el interrogado: me gustan mucho, aunque seas tú quien los lea.” Este hombre, con su sencilla respuesta, hacia el mayor elogio de la poesía, sobre cuyo mérito era llamado á fallar. Necesario es que sea muy buena una obra para que guste cuando se la lee ó presenta, rebajándola ó destrozándola en la recitacion.

La forma exterior que del orador recibe la palabra, es lo que se ha llamado *elocuentia corporis*; de grande interés ciertamente, porque sin la concurrencia feliz de esta perfeccion, serán casi inútiles y perdidas todas las otras que podamos alcanzar. Aunque la palabra sea de fuego, si sale mal articulada ó acentuada de una persona de exterior frio, y cuya fisonomía no se conmueva ó inflame al pronunciarla, le sucederá lo que al hierro ardiente que se mete en el agua, que en el mismo instante puede tocar todas las manos, sin que les comunique el mas pequeño calor.

La accion, con todos sus otros auxiliares, es la que da vida á la palabra. Ella hace de un sonido un dardo, de un acento una conmocion, y de una voz una tempestad. Las ideas y las frases con que se representan, quedarian siempre descoloridas y harian lo que hace una saeta sin punta, si la accion, con sus auxilios, con su vehemencia, con su ardor y con sus aparatos, no les diese la vida y la eficacia que imprime el golpe atrevido del pincel sobre el cuadro muerto.

Y no es extraño que así suceda. La accion ha sido un lenguaje entre los hombres, que analizaba todos sus pensamientos y trasmitia todas sus emociones. Cuando las lenguas vinieron á reemplazar aquel medio de co-

municación, se conservó mas ó menos en cada una de ellas, como su poder auxiliar; y Roma admiró á un Roscio que representaba las mismas ideas y afectos con su acción, que Ciceron con sus discursos; llegando á tal punto de extravío la afición á este arte, que hubo de prohibirse á los senadores el estudio de la pantomima.

Pero en nada se puede conocer mejor el socorro que la acción presta á la palabra, que en el orador mismo. En él corren siempre unidas; la una sigue fielmente los impulsos de la otra, y se ostentan como dos hermanas nacidas á un tiempo, que no pueden separarse. Para el verdadero orador, la palabra sin la acción sería una cosa imposible. Si se le ligase de tal modo que se le redujese á la mas completa inmovilidad; si se cubriesen sus ojos, de modo que no pudieran anunciar expresión ni dirección alguna; y si en este estado se le mandase pronunciar un discurso, de seguro no acertaría á hablar, pareciéndole que los lazos que oprimian sus movimientos y ademanes, encadenaban tambien su lengua. Tal es el servicio que la acción presta á la palabra, que esta no acierta á caminar ni á anunciarse por sí sola. Son los dos hermanos de armas, que no saben pelear el uno sin el otro. Que estudie muy detenidamente la acción y todos sus accidentes el que quiera que su elocuencia sea inflamada y arrebatadora, porque de otro modo solo podrá producir impresiones tibias y poco durables. La palabra sin tales auxilios, es la espada rota, que roza sin penetrar; es un fuego fosfórico que ilumina, pero no calienta; es la estatua cuyas proporciones y bellezas admiramos, pero que no tiene ni movimiento, ni vida, ni corazón, ni pasiones, para que la podamos amar.

LECCION VIII.

Trabajos preparatorios para la elocuencia, y reglas generales para el orador.

LA vida de la tribuna es vida de continua anhelación y afán: tambien lo es, por lo comun, de sinsabores y de desgracia. La independencia de los oradores ofende frecuentemente á las personas contra quienes lanzan sus tiros encendidos, y no pocas veces se hace sentir la flecha en el pecho de quien la disparó. Verdad es que la elocuencia del foro y la sagrada no exponen frecuentemente á estos riesgos. Pero ¿qué valen esas producciones sosegadas y tranquilas, medidas por un compás inalterable, circunscritas á un solo y determinado objeto, en comparación de la elocuencia de la tribuna, que vive y descuella en medio de las tempestades y de los peligros, sin trabas ni estorbos en las inmensas regiones de la imaginación y del pensamiento, sin otro límite que los de la inteligencia, y sin otro juez que la opinión? Los consejos y reglas que vamos á establecer, servirán